

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO SEXTO.

La alta reputacion de que gozaba Francisco en Roma, no permitió que se diese crédito á la calumnia que contra él habian levantado. El Papa fué el que menos la creyó; y á la verdad era tan poco probable el que un Prelado que tanto celo habia manifestado por la fé, fuese capaz de descuidar lo que podia destruirla, que causa admiracion el ver que hubiera quien pudiese resolverse á atacarle, por la parte de su conducta, por la cual le era mas fácil justificarse; pero el odio siempre fué ciego; y ademas no era fácil acusar á un Obispo tan irreprochable.

Francisco no obró en aquella ocasion como tenia de costumbre; una invencible paciencia era todo lo que oponia á los agravios que se le hacian; pero tratándose en este negocio de su celo por la Religion, y del honor de su caracter, escribió fuertemente á un Cardenal amigo suyo, y justificó por las sumarias abiertas de sus visitas, (cuyas copias habia enviado á Roma) la diligencia y precauciones que habia tomado para desterrar de su Diócesis los libros heréticos. Por lo que respecta al religioso que tan falsamente le habia acusado, á pesar de que le habia dicho quien era, no demostró contra él, el menor resentimiento, ni se quejó de él á sus superiores, contentándose solamente con justificarse con el Papa.

Informado su Santidad por el Cardenal de lo que le habia escrito Francisco, creyó que debia darle seña-

les manifiestas del aprecio en que le tenia, y de la confianza que hacia de él: en este concepto le encargó dos comisiones de las mas honoríficas; la una perteneciente á la reforma del célebre monasterio de religiosas de Puy de Orbe, y la otra asociándole al Obispo de Basilea, para que juntos arreglasen en calidad de comisarios apostólicos la cuestion, que estaba pendiente hacia mucho tiempo, entre los Archidukes y el clero del Franco Condado, con respecto á las salinas.

Francisco se trasladó á la Abadía de Puy de Orbe en cumplimiento de las órdenes de su Santidad; empezó su visita por unas exhortaciones llenas de celo, pues era una de sus principales máximas la de que debian convencerse los espíritus de la necesidad de la reforma, antes de emprenderla; decia sobre esto, que la libertad le era tan natural al hombre, que siempre propendia á ella: que todo lo que se emprendia con violencia al revés de lo que debia hacerse, no podia ser de duracion, y que jamas se dejaba de sacudir el yugo, cuando era fuerza la que le habia impuesto: que para hacer querer el bien, era preciso empezar por iluminar el entendimiento, si se queria ganar el corazon y establecer sólidamente la piedad. Siguiendo esta máxima, tuvo varias conferencias con las religiosas; las convenció de lo inconvenientes que eran las consecuencias casi necesarias de la libertad que se habia introducido en su monasterio, y las persuadió, de que cuando se ha abandonado ya una vez el mundo, no debia tenerse apego alguno á él: que la única dicha que ellas podian esperar en este mundo, debia venir de la tranquilidad de conciencia y de la pureza del corazon, y que jamas gozarian de una y otra cosa, sino en tanto que observasen exactamente su regla, y cumpliesen en un todo con los deberes propios de su estado.

Teniendo ya convencidos los entendimientos, su estremada dulzura acabó de ganarle los corazones: las hizo

ver, que su comision mandaba que restableciese en aquel monasterio la práctica de la regla de San Benito en toda su estension; pero las dijo, que no era su ánimo el hacerlas pasar repentinamente de un extremo á otro: que usaria con ellas de condescendencia; y que se encargaria de que este modo de obrar fuese del agrado de su Santidad: en efecto las dispensó de algunas mortificaciones corporales; pero fue con el objeto de establecer la práctica de las virtudes interiores, el retiro, la asistencia á la oracion, el ejercicio de la presencia de Dios, la humildad y la castidad, que el espíritu de propiedad y el trato con el mundo habian casi desterrado de aquella Abadía; ahuyentó la ociosidad, que habian introducido las continuas visitas de las personas del siglo; señaló el modo de emplear el tiempo, y las ocupaciones que habian de tener cada dia; en una palabra, les dió unas constituciones llenas de prudencia, caridad y dulzura, é hizo que las pusiesen en práctica. Dios bendijo su celo y desvelos sobre este particular; aquel monasterio cambió enteramente de aspecto, y se vieron reflorcer en él las virtudes cristianas y religiosas, y edificó tanto al público, quanto le habia escandalizado hasta entonces con una libertad desarreglada.

Concluido aquel negocio se trasladó á la Abadía de Beaume, en donde le aguardaban el Obispo de Basilea, y los Procuradores de ambas partes para terminar el debate, (de que ya se ha hablado) entre los Archiduques de Flandes, y el clero del Franco Condado.

Esta disputa hacia mucho tiempo que duraba, y hé aqui en que consistia. Las salinas del Condado de Borgoña se habian repartido hacia muchos años entre los Condes de aquella provincia y el clero; el derecho era incontestable, y estaba corroborado por una posesion de muchos siglos. Felipe II Rey de España se lo habia disputado al clero, como Conde de Borgoña; pero

al fin haciéndole justicia, se convino en que el clero renunciaria á la propiedad de las salinas; y que el Rey de España se obligaria por sí, y por sus sucesores para siempre á darles cierta cantidad de sal, que se habia determinado. Quedaron las cosas en este estado por algun tiempo con satisfaccion de ambas partes.

Pero los sucesores de los que habian hecho el convenio pretendieron, que se habian manejado mal los intereses del clero: que éste habia sido perjudicado extraordinariamente en el tratado de que acaba de hablarse, y que no recibia ni con mucho la cantidad de sal, que habia acostumbrado recoger antes de que hubiese cedido al Rey la propiedad de la parte que tenia en las salinas. El Rey convenia en esto; pero respondia que ninguna injusticia se le hacia al clero en ello, puesto que estando éste por el tratado exento de los gastos que tenia precision de hacer para la conservacion de las salinas, y para la confeccion de la sal, de cuyos gastos se habia encargado el Rey, no era justo que recibiese tanta sal como recibia antes del tratado.

No pudiendo convenirse los partidos entre sí, determinaron atenerse á la decision del Papa Clemente VIII. Su Santidad nombró por comisarios suyos al Arzobispo y Dean de Besanzon; pero la comision no llegó á tener efecto por la muerte del Rey, y del Papa que le siguió muy de cerca.

Habiendo sucedido Felipe III á Felipe II, y Paulo V á Clemente VIII volvió á seguirse aquel negocio por el clero con más calor que anteriormente; pero habiéndose quejado Felipe III de que en la primera comision se le habian nombrado por Jueces á las mismas partes, el Papa confirió la comision á los Obispos de Ast, y de Sausana: la muerte del último impidió el que se efectuase esta segunda comision. En fin á instancias de Alberto de Austria, y de Isabel Clara Eugenia, Archiduques de los Países Bajos, y Condes de Borgoña, Prin-

eipés de una eminente piedad y que creían que debían en conciencia hacer justicia al clero del Franco Condado, nombró el Papa por comisarios suyos al Obispo de Ginebra y al de Basilea, para sentenciar aquel pleito en última instancia.

Francisco tenía una propension á las composiciones, de qué habia dado ya muchas pruebas; necesitó de toda su destreza para salir bien de aquel negocio: el número de partes interesadas, la diversidad de pretensiones, la multitud de actas que no podian menos de examinarse; los subterfugios y trampas legales de las gentes del foro, que era preciso desenredar; la obscuridad y confusión que estos habian sembrado por todo el proceso, todo esto junto hacia muy difícil la composicion. La aplicacion, la prudencia y la penetracion del santo Prelado vencieron tantas dificultades: redujo la cantidad de sal que el clero pretendia, á una suma de dinero, que habria obligacion de darles del Real Patrimonio; y la propiedad de todas las salinas quedó declarada para siempre en favor de los Condes de Borgoña. Esto era lo que deseaban los Archiduques; los que le hicieron presente su agradecimiento por medio de cartas llenas de aprecio y de consideracion, añadieron á aquellas cartas un regalo digno de su magnificencia; consistia en una capilla de plata, en la que nada faltaba de todas las cosas necesarias para el servicio del Altar, añadiendo además otras varias piezas del gusto mas esquisito, para el servicio de la mesa.

Francisco era naturalmente enemigo de los regalos; y como ya ha podido verse, no podia resolverse á aceptarlos; la pureza de los motivos que le hacian obrar, no le permitia mezclarla con el interes; su virtud y generosidad naturales contribuian igualmente á aquel desinterés. Sin embargo la categoría de las personas que hacian el regalo, y las circunstancias de que iba acompañado no permitieron que lo rehusase; pero como se

verá despues, los pobres fueron los que sacaron provecho de él.

Apenas habia cumplido con aquella comision de la santa Sede, cuando fué encargado de otra para la reforma del monasterio de Santa Catalina; no halló tanta facilidad para ejecutarla, como habia hallado en el de Puy de Orbe: una parte de las religiosas se opusieron á ella, y pretendieron que no podia obligarselas á que hiciesen cosas que no habian hallado establecidas al tiempo de su profesion. Francisco siempre enemigo de la violencia, no creyó conveniente el obligarlas á que las pusiesen en práctica; contentóse con desterrar algunos abusos que se habian introducido en aquella casa, y que creyó, que no podian estar autorizados, ni por el tiempo, ni por la costumbre; pero habiendo hallado varias religiosas muy dispuestas á llevar una vida mas perfecta, las sacó de aquel monasterio, y las estableció en Seisrel, villa pequeña de su Diócesis. Añadió á la regla de San Bernardo, que era la que seguian, excelentes constituciones, que aun observan en el dia de hoy, y que hacen observar en las casas que han fundado despues.

Desempeñadas estas comisiones, continuó Francisco la visita de algunas parroquias, que aun tenian necesidad de sus cuidados y presencia: volvió en seguida á Annecy, para dar la última mano á su libro de la *Introduccion á la vida devota*; obra tan útil y apreciada que no necesita de que se haga aqui su elogio; nos contentaremos pues con decir, cual fué el motivo y causa de que la compusiese.

Háse visto hasta aqui, que Dios habia como unido á los sermones del santo Prelado la conversion de los hereges y pecadores: ha podido notarse tambien, que el santo no perdía de vista á los que Dios habia llamado por su ministerio á una vida mas santa y arreglada, y que despues de haberlos engendrado en Jesucristo por la palabra de vida, los alimentaba en segui-

da, como dice el Apostol, ó con leche, ó con alimentos mas sólidos, segun lo exijan sus fuerzas y necesidades.

Una señora distinguida de la Saboya que habia emparentado con el santo, y que tenia un espíritu superior á su sexo, se puso bajo su direccion. El santo Prelado que habia reconocido en ella un gran fondo de espíritu y de virtud, se dedicó á instruirla; y aun la puso por escrito los consejos que la habia dado, tanto para ayudar la memoria de aquella señora, quanto para ahorrarse él mismo la incomodidad de repetir á menudo las mismas cosas; pero habiéndola obligado un pleito á ir á Chambery, y no permitiéndola la mansion que allí tuvo que hacer, el conferenciar de viva voz con su santo director, éste la permitió, que le escribiese, y la contestaba puntualmente sin otro objeto que el de la direccion de su conducta particular, y no pensando entonces que lo que escribia, debia darse algun dia al público; pero la Providencia lo habia dispuesto de otro modo. Aquella señora juntó todas sus cartas, y añadiendo á ellas las instrucciones que habia recibido del santo Prelado, se lo enseñó todo al padre Fourrier, Jesuita, á quien habia escogido por director, y que era en aquella ocasion Rector del colegio de Chambery. Aquel piadoso y sabio religioso admiró la solidez de los consejos contenidos en aquellas cartas y memorias, y juzgándolas de una grandísima utilidad para las personas que viven en el gran mundo, escribió al santo suplicándole, que les diese la última mano, y que hiciese así una obra completa. El santo Prelado se resistió, no permitiéndole creer su profunda humildad, que pudiese formarse de sus cartas y consejos, una obra tan útil como se le decia. El padre Fourrier le hizo nuevas instancias y aun le amenazó con que haria imprimir sus cartas é instrucciones en el estado en que estaban, sino podia conseguir de él lo que le pedia, y que tan útil creia para el público.

Por este mismo tiempo á poca diferencia, hablando Enrique IV con Deshayes, aquel amigo íntimo que tenia Francisco en la Corte de Francia, le aseguró, que veia con mucho disgusto la disolucion que se habia introducido en su Corte. Le dijo con este motivo, que él creia despues de haberlo examinado bien, que esta provenia de dos causas, la una, que la mayor parte de las gentes del mundo tienen sobre la Religion unas ideas enteramente opuestas, pero que con corta diferencia producen los mismos efectos; que los unos creian que era indigno de Dios el hacer caso de las acciones de los hombres y darse por ofendido de lo que ellos hacen; y que los otros se persuadian por el contrario, que nada escapa á su conocimiento, pero que no vela sobre nosotros sino para castigarnos, que nada perdona, ó que para entrar en su gracia, es preciso hacer tan grandes esfuerzos, que la debilidad humana cede á ellos las mas de las veces. La primera idea, añadió el Rey, no puede menos de precipitar á los que así piensan, en los mayores excesos; pero la segunda causa extraordinarias agitaciones, y aun á menudo una desesperacion de la que es tanto mas difícil salir, quanto que los mismos confesores pintan la mayor parte del tiempo tan difícil el camino de la virtud, y tan escabroso, que no es fácil resolverse á entrar en él; y es á mi modo de entender, prosiguió aquel gran Príncipe, la segunda causa de los desarreglos de las gentes del mundo; porque estando resfriados en la piedad, y creyéndola imposible, ó á lo menos tan difícil que casi no es posible llegar á conseguirla, no tratan de mudar de vida, y difieren su conversion hasta la hora de la muerte, que les sorprende, y no les permite poner en ejecucion sus buenos deseos.

Yo quisiera pues, continuó el Rey, que se les convenciese á los primeros de un error tan peligroso, que se les asustase, y se les hiciese temer, porque no me-

recen que se les traté con tanta consideracion como á los otros: pero quisiera tambien que se trabajase en calmar las inquietudes de los segundos, que uno se opusiese á su desesperacion, representándoles un Dios bueno, que se compadece de nuestras flaquezas, que nos mira como unos hijos que vuelven á él, que nos previene y sostiene en nuestros buenos deseos, y que no quiere la pérdida de persona alguna; y si por el contrario que todos los hombres sean salvos: en una palabra, yo no quisiera que se adulase á los pecadores, y que se usase con ellos de una conducta blanda y de una débil condescendencia, que no pueden servir sino para perderlos; pero tampoco quisiera que se les escarmentase con unas mortificaciones fuera de propósito; ni que se les hiciesen unas pinturas tan horrorosas de la virtud, que no sirviesen sino de desanimarlos para emprenderla.

Deshayes iba á interrumpir al Rey, pero esto no hubiera sido para contradecirle, aunque tuviese libertad para ello, y á pesar de que tenia una vida de las mas ejemplares, cuando el Rey volvió á tomar la palabra, y dijo, que siempre habia deseado que algun sugeto instruido diese un método á las gentes del mundo para vivir cada uno cristianamente en su estado: que él quisiera, que este método estuviese igualmente distante de la tibieza de los últimos tiempos, que de una severidad odiosa, é incompatible con los empeños de cada uno en particular; que fuese exacto y juicioso, y tal en fin que pudiese ser provechoso á las personas de la Corte y del gran mundo, sin esceptuar á los Reyes y Príncipes: que habia puesto los ojos en el Obispo de Ginebra para la ejecucion de su intento: que no creia que hubiese en el mundo persona mas capaz que él, de salir bien con una obra de esta naturaleza, y que le encargaba que se lo escribiese así en su nombre; Deshayes lo hizo; convencido entonces el santo Prelado de que Dios

exijia de él, que hiciese lo que tantas veces le habia hecho presente el padre Fourrier, consintió, en que se le remitiesen las memorias y cartas de que ya se ha hecho mencion; y compuso el escelente libro de la *Introduccion á la vida devota*, que dedicó á Filotea, ó al alma devota. Su pensamiento era el decir en el prólogo, que el Rey Cristianisimo le habia sugerido la idea; pero aquel gran Principe no se lo permitió, y quiso que fuese suya toda la gloria. Esto puede verse comprobado en varias cartas que se han escrito con este motivo.

Dificil seria el esplicar el aprecio en que tuvieron todos aquel libro desde el momento que se publicó. Los católicos y los hereges, tan encontrados en otras materias, se unieron en su alabanza; sirvió para traer á los unos al conocimiento de la verdad, y á los otros á una vida mas perfecta. Apenas se hubo impreso en frances, que es su lengua original, cuando fué traducido en todas las que estan en uso en Europa. Hay pocos libros de que se hayan tirado mas ediciones; aun en el dia está entre las manos de todos tan apreciado como en sus principios; y aunque ya no tenga aquella pureza de lenguaje que tuvo en otros tiempos, nada ha perdido por eso de su valor. Enrique IV Principe de un gran discernimiento confesó, que habia escedido á su espectacion; y no dejaba de alabarle. María de Medicis su esposa no hacia menos aprecio de él; lo que dió bien á entender enviándoselo á Santiago, Rey de Inglaterra. Este Principe, uno de los mas sabios que hayan ocupado jamas el trono, á pesar de su cisma con la Iglesia católica y á pesar de sus preocupaciones contra los escritores católicos, lo leia continuamente, y lo llevaba siempre encima: decia cuando se hablaba de esto, que los que se ponian á escribir en su comunión, no lo hacian con aquella uncion que se vé estendida por toda aquella obra; y confesaba que esta era una de las señales mas

visibles del espíritu de Dios, de que estaba animado el autor al componerla. Pedro de Villars, Arzobispo de Viena, y metropolitano de Ginebra, Prelado igualmente distinguido en ciencia y en piedad, escribió felicitando al santo Obispo por su obra; consérvase aun su carta, y se hallan en ella unos elogios de aquel excelente libro, á los que nada puede añadirse; en una palabra, se excederian los límites de la historia, si se tratase de referir todo lo que se dijo y escribió en alabanza de aquel libro.

Sin embargo, como no á todos es permitido el juzgar bien de las mejores cosas, y que hay al mismo tiempo ciertos espíritus que se glorían de raciocinar en contra de todo el resto de los hombres, hubo un religioso de una de las Ordenes mas austeras de la Iglesia, que emprendió el desacreditar aquel excelente libro. Hizo aun alguna cosa peor; subió al púlpito y después de haber declamado contra la obra todo quanto juzgó necesario para inspirar horror hácia ella, la sacó de la manga, y habiendo mandado traer una vela, la quemó públicamente. Semejante acción hizo que perdiese el crédito el predicador, y en nada perjudicó al libro: no por esto se tuvo en menos estima, ni dejó de correr en manos de todo el mundo.

Lo que habia incomodado al tal religioso, era, que aquel libro parecia permitir el baile, los dichos agudos, y las chanzas inocentes en la conversacion: este no es el lugar de justificar la obra sobre este particular, se hará sí en el último libro de esta historia; pero aun aqui no puede menos de decirse que un celo mal dirigido fué siempre peligroso; en todo se mete, no perdona clases, ni sugetos; no guarda consideraciones, todo lo atropella, y no escuchando mas que á sus prevenciones, las mas veces muy injustas y mal fundadas, quanto mas tiene de temerario, mas se aplaude á sí mismo.

Habiendo sabido Francisco el extraño modo con que

aquel religioso habia tratado su libro, usó de una dulzura y moderacion que tal vez no tienen ejemplo: sabida es la delicadeza casi infinita de los autores con respecto á sus obras; no es tanto tal vez la ternura de los padres para con sus hijos; este es su lado sensible, y no suele atacársele impunemente. Francisco no obstante no tuvo esta sensibilidad de la que casi no hay persona que esté exenta, pero que procede sin embargo de un gran fondo de amor propio y de una ciega vanidad con la que podrá pelearse, pero que casi nunca se logra vencer. No pudiendo disculpar la accion temeraria de aquel religioso, disculpó la intencion; dijo con la misma moderacion, que si se hubiese tratado de la obra de otra cualquiera persona, que él hubiera deseado que el religioso le hubiese advertido directamente lo que le pareciera reprehensible en su libro: que como nada habia avanzado de que no tuviese buenos fiadores, tal vez le hubiera convencido con sus razones, ó acaso él hubiera cedido á las del religioso: que nadie habia escrito á gusto de todo el mundo: que siendo los genios de los hombres tan diferentes, y su modo de juzgar tan distinto, no era posible que una obra fuese tan generalmente aprobada, que á ninguno disgustase: que él asi lo habia esperado, y que estaba mucho mas sorprendido de no haber tenido mas que un solo censor, que lo que lo hubiera estado á hallarse con un número de ellos, mucho mas considerable.

No faltaron personas que le hicieron presente, que á la verdad, aquel religioso era dueño de sus sentimientos, y que no podia imputársele á crimen, el no haber aprobado su libro; pero que no debia dejarse llevar de una accion tan violenta como la de quemarle en medio del púlpito: que un simple religioso no podia ser juez de la doctrina de un Obispo, y que considerado el hecho bajo este aspecto, se dejaba ver en él una insufrible temeridad: que la paciencia cristiana tenia sus

límites, y que aun cuando no fuese sino por el honor de su caracter, debia quejarse á los superiores del religioso, y pedirles justicia.

Hay pocas personas que no se hubiesen dejado vencer de semejantes razones, y que bajo pretexto de vindicar su caracter, no hubiesen tenido un secreto placer en hacer que se castigase el agravio hecho á la persona; pero el santo Prelado tenia un fondo de dulzura que no se acomodaba con semejantes rodeos: conocia todos los artificios del amor propio: sabia que al paso que aparenta alejarnos de nosotros mismos, nos hace salirnos al encuentro con tanta mayor seguridad, cuanta es la dificultad de perdernos de vista, ó por mejor decir que el caracter no es mas que un pretexto para ocultar el resentimiento á que se entrega una persona ofendida.

Esto fué lo que le obligó á responder á sus amigos, que habia una union tan estrecha entre los sentimientos y las acciones, que nada habia mas difícil que el no pasar de los unos á las otras: que aquellas distinciones entre el caracter y la persona eran muy sutiles: que el amor propio sacaba demasiado provecho de ellas, para que no le lisonjasen: que el Evangelio hablaba de los Obispos lo mismo que con todos los demas cristianos: que éste mandaba á todo el mundo que volviese bien por mal, y que aun cuando no lo mandase, él estaba persuadido, de que habia algo de cobardía y baja en vengarse, sobre todo cuando recae la venganza sobre otro mas débil.

Pero si todos quedaron edificados de la paciencia de Francisco, no se escandalizaron poco de la conducta de los superiores de aquel religioso: su accion habia sido tan pública que no podian ignorarla; debian haber hecho justicia por sí mismos sin necesidad de que se les hubiese pedido. El caracter, la cuna, el mérito, y la alta opinion que se tenia de la santidad de la persona

ofendida, su misma moderacion, y la aprobacion que habia manifestado el público á una obra que habia sido tan cruelmente tratada, todo esto parecia que les convidaba á cumplir con su deber, reprendiendo, y aun castigando al religioso por su feo proceder; sin embargo nada hicieron y esto es lo que demuestra claramente, que ciertos tiros que parecen dirigidos por simples particulares, tienen la aprobacion secreta de toda la corporacion á que aquellos individuos pertenecen.

Pero Dios le deparó al santo Prelado un vengador ilustre, que no perdonó tan facilmente el agravio hecho á su maestro y amigo, (como él le llama): éste fué el célebre Pedro Camus, Obispo de Belley: de allí vienen aquellos rasgos vivos y picantes, aquellos golpes que dá continuamente en sus obras á los que le habian tratado de un modo tan poco respetuoso. Francisco, que no queria vengarse por sí mismo, no hubiera sufrido que otro le hubiese vengado; pero habiendo dejado con su muerte en libertad á su amigo de manifestar su resentimiento, nada le quedó á éste por decir á los que tan poca consideracion le habian tenido.

La reputacion que hizo adquirir á Francisco el libro de la *Introduccion á la vida devota*, habiendo penetrado hasta dentro de Ginebra, á pesar de los cuidados de los ministros para impedirla, atrajo á Annecy muchas personas de todas clases que fueron allí para hacerse instruir. La caridad del santo Prelado no se limitó á las necesidades del alma, estendiéndose tambien hasta á las del cuerpo, y estuvo á pique de arruinarse por favorecerlas. Entre estas personas, que habia ganado para Jesucristo, se encontraba un joven de excelente disposicion y que habia empezado á estudiar con aprovechamiento; envióle al colegio de los RR. padres Jesuitas de Chambery, pagó exactamente su pension, y le mantuvo de todo lo que necesitaba por espacio de tres años, al cabo de los cuales le proporcionó una coloca-

cion: puso á otro en oficio y le pagó el aprendizaje, y el recibirse de maestro: dió á otros con que hacer el viaje á Roma, y los recomendó á sus amigos: obraba del mismo modo siempre que los nuevos católicos tenían necesidad de su socorro, y decia con este motivo, que la necesidad era una de las mayores tentaciones para una persona recién convertida.

Los católicos antiguos no disfrutaban menos de sus limosnas. Se refiere, hablando de esto, una acción que es muy edificante, para que se pase en silencio. Estando un día en su cuarto ocupado en asuntos de su Diócesis, entró á verle un hombre muy mal vestido que tenia que consultarle algun negocio: el frío era extraordinario, y aquel pobre hombre estaba tan arrecido que temblaba, cuando le hablaba. Francisco le preguntó, si tenia otro vestido mejor que el que llevaba puesto; aquel pobre hombre le dijo, que lo que llevaba encima, era todo lo mejor que tenia: Francisco se movió á compasion, y aunque el hombre no le pedia limosna, le dijo, que se esperase un poco; entró en su guarda ropa á buscar los vestidos que el día antes tuvo que quitarse por causa del frío para ponerse otros de mas abrigo con intencion de dárselos: no habiéndolos encontrado y hallándose sin dinero, cosa que le sucedia muy á menudo, se quitó la ropa que llevaba debajo de la sotana, hizo un lio de ella, el cual dió á aquel pobre hombre, encargándole, que lo escondiese, y que á nadie dijese que se lo habia dado; en cuanto á él se quedó todo el resto del día con sola la sotana espuesto á un frío de los mas terribles; y lo hubiera sufrido mucho mas tiempo, si el criado que cuidaba de su cuarto, no lo hubiese notado, y no le hubiese llevado otra ropa.

Su mayordomo, que se veia apurado para atender á su manutencion y á sus limosnas, se le quejaba frecuentemente porque así se dejaba llevar de su celo; y aun

le amenazaba con dejarle y marcharse de su casa; pero nada podia resistir á la bondad del santo Prelado; deciale éste con su acostumbrada dulzura: *vos tenéis razon, yo soy incorregible; y lo que es peor, tengo trazas de serlo por mucho tiempo.* Algunas veces le enseñaba su Crucifijo, y le decia: *¿Puede negarsele alguna cosa á un Dios, que se ha puesto en este estado por nuestro amor?* El mayordomo, que era un hombre muy de bien, le dejaba y se marchaba aturdido de ver tanto fervor: y cuando se encontraba con los otros criados, les decia: *nuestro amo es un santo, pero nos llevará á todos al hospital, y él mismo irá el primero, si sigue como ha empezado.* A la verdad, es maravilloso como podia hacer tantas limosnas con una renta tan pequeña como la suya; la vida frugal que tenia, era casi su único recurso; y esto es lo que demuestra que cuando no se hacen gastos inútiles, se puede hacer con una mediana renta, lo que no se haria con una mas grande mal gobernada.

Emprendió por aquel tiempo la reforma de la Abadía de Talloires, no creyendo, que debiese aguantar tan cerca del lugar de su residencia unos desórdenes, que habia desterrado de otros lugares mas distantes. Esta Abadía es del Orden de San Bnito, y dependiente del Abad de Savigny: reconoce por su fundador á Rodolfo, último Rey de Borgoña: su situacion es de las mas hermosas sobre el borde del lago de Annecy, y á la estremidad de un gran pueblo de aquel nombre. Habia sucedido en aquel monasterio, lo que se ha visto suceder en tantos otros; despues de haber servido de retiro á un gran número de santos, se habia convertido en habitacion de un pequeño número de monges sin superiores, sin orden y sin disciplina; atrayendo la hermosura del sitio todos los dias frecuentes visitas, el trato del mundo les habia corrompido, del mismo modo, que la huida de él habia santificado á sus anteceso-

res. Francisco, despues de haber gemido con frecuencia delante de Dios, se habia quejado al Abad de Savigny, y le habia suplicado que pusiese orden en aquella casa; pero sea que éste temió comprometer su autoridad, ó sea que no le hiriesen tan vivamente aquellos desórdenes como al santo Prelado; ó no lo habia hecho, ó habia tratado de hacerlo inútilmente. Francisco, que cuando la ocasion lo exijia, tenia toda la firmeza propia de su caracter, no se contentó con solo esto: dirigióse al Papa, y obtuvo una comision, que le autorizaba para introducir la reforma en la Abadía de Talloires: examinó sus poderes y halló en ellos una cláusula que le ataba las manos, al mismo tiempo que parecia que le daba libertad para obrar: contenia esta en propios términos: *que por las presentes no trataba su Santidad de perjudicar á los derechos de la Abadía de Savigny*: esto era, hablando en propiedad, no darle autoridad alguna, ó no darle sino la que quisiese el Abad, que podria destruir en un momento todo lo que él hubiese hecho á costa de mucho tiempo y trabajo.

Francisco manifestó en esta ocasion, que cuando se trataba de los intereses de Dios, no tenia aquellas falsas delicadezas, que arruinan á menudo las empresas mas santamente proyectadas; empezó á negociar con el Abad, y viéndole firme en no ceder cosa alguna en sus derechos, prefirió tomar en aquella ocasion la cualidad de Vicario suyo, antes que permitir mas tiempo unos desórdenes que preveia que habian de ser perpetuos, si se esperaba á que el Abad tomase providencias para contenerlos.

Vencida aquella dificultad, Francisco se trasladó á Talloires, y empezó segun su costumbre por hacer á todos los religiosos reunidos, unas pláticas llenas de celo; pero tenia que tratar con unos ánimos rebeldes, encaprichados con una funesta libertad, enemigos del orden, y dispuestos á emprenderlo todo para mantenerse

en la desgraciada posesion en que estaban, de que nadie les diese la ley. El santo Prelado no omitió medio alguno de los de dulzura para hacerlos entrar en su deber; les exhortó en general, y les habló en particular, pero siempre inútilmente; en fin, cansado de una resistencia tan obstinada, les amenazó con que se valdria de la autoridad del Senado, y aun de la del mismo Soberano para reducirlos á su deber. *Vosotros, les dijo, quereis perderos, y yo quiero salvaros á vuestro pesar.*

El miedo de aquellos hombres hizo en esta ocasion, lo que el temor de Dios no habia podido hacer; los rebeldes se sometieron, y Francisco, aprovechando su sumision, les hizo elegir un Prior en el momento; todos los votos se reunieron en favor de Nicolas de Coëx, el único hombre de bien, que Dios se habia reservado entre todos ellos; esto fué una especie de milagro. Francisco tuvo aquella mudanza como una señal visible de que Dios aprobaba su conducta, y concibió mejores esperanzas del buen éxito de su empresa; pero como la prudencia y moderacion eran su norma en todo cuanto emprendia, creyó, que precipitando demasiado la ejecucion de sus deseos, seria el modo de arruinarlos, ó que se veria obligado para llevarlos á efecto á recurrir á medidas de rigor, á las que por su estremada dulzura tenia una increíble repugnancia. Asi es, que despues de haber dado toda autoridad al nuevo Prior, y todos los consejos que necesitaba, y hecho algunas constituciones, á las que no hubiera habido alguno que no se hubiese sujetado por poco razonable que fuese, volvióse á Ancey resuelto á volver á Talloires, cuando Dios le hubiese hecho conocer, que habia llegado el tiempo de sus misericordias para con aquellos religiosos.

Pero apenas habia salido de Talloires el santo Obispo, cuando aquellos espíritus obstinados se arrepintieron de la condescendencia que con él habian tenido,

á pesar de que no habia sido tampoco muy grande. El nuevo Prior quiso hacer respetar su caracter, y no fué menester mas para que todos se sublevasen contra él; le echaron de la Abadía y le obligaron á retirarse al pueblo; no habian hecho ya sino demasiado, y Francisco con toda su dulzura no hubiera sufrido un atentado semejante; pero sucede muy á menudo que un crimen conduce á otro. Aquellos rebeldes se figuraron que para desvanecer enteramente la idea de reforma, que bien conocian ellos que habia de ir mucho mas lejos, no podian hacer otra cosa mejor que deshacerse de su Prior: con esta temeraria resolucion fueron á esperarle al otro dia por la mañana tres de los mas determinados; y cuando salia de su casa, le tiró un pistoletazo cada uno de ellos; ninguno de los tres le acertó; y el Prior no recibió otro daño que el susto. La accion era demasiado pública para que pudiese ignorarse, y demasiado negra para no atraer sobre los culpados el merecido castigo: asi es, que apenas se hubieron serenado, cuando conocieron las consecuencias que podria traer lo que habian hecho; trataban ya únicamente de deterrarse ellos mismos, y de evitar con su fuga las persecuciones de la justicia, cuando se les hizo presente que por grande que fuese su crimen, aun era mayor la bondad del Obispo de Ginebra; que fuesen ellos mismos á disculparse, y á manifestarle todo el arrepentimiento que debia tenerse de una accion tan mala; que asi le moverian á compasion, y que infaliblemente los perdonaria. Todo el mundo estaba tan convencido de su extraordinaria dulzura, que los mismos culpados no dudaron en hacer lo que se les habia aconsejado: marcharon al momento, fueron á echarse á sus pies, y le contaron su crimen con todas las señales de un dolor tan sincero en la apariencia, que el santo Prelado se enterneció; su corazon no pudo resistir á las lágrimas de aquellos religiosos, y por enorme que fuese su aten-

tado, no pudo resolverse á castigar á unos desgraciados, que servian de acusadores y testigos contra si propios. Pero como hubiera sido peligroso el dar muestras de la impresion que hacia en su corazon la piedad, se violentó para hacerles una parte de las reconvenciones que merecia su delito, los culpados ponderaron su enormidad aun mucho mas que él, y se sometieron á dar todas las satisfacciones que quisiese prescribirles; y se condenaron ellos mismos á hacer penitencia de su culpa por todo el tiempo de su vida. Francisco no les dió otra, sino que recibiesen la reforma que queria establecer en su monasterio, ellos se lo prometieron, y con esta condicion fué con la que les perdonó, y les prometió impedir que se llevasen adelante las diligencias que se querian hacer contra ellos.

Se vituperó al santo Obispo por haber perdonado tan fácilmente un crimen tan horrendo como es el de un homicidio voluntario, proyectado y ejecutado por unos sacerdotes y religiosos, en cuanto habia dependido de ellos, y cuyo efecto se impidió únicamente, ó por casualidad, ó por falta de tino en los agresores. Entonces fué, cuando con este motivo le dijo á él mismo un Abad amigo suyo: *que él quisiera ser Francisco de Sales, cuando tuviese que comparecer en el juicio de Dios; pero que no quisiera tener que responder en él de las faltas, que la demasiada dulzura habia hecho cometer al Obispo de Ginebra. No os veriais menos apurado, le contestó el santo Prelado, si tuvieseis que responder de Francisco; pero sea como quiera, prefiero faltar por exceso de dulzura, antes que por demasiada severidad; en esto tengo por garante el ejemplo de Jesucristo mi Maestro que seria mi Juez, y yo no puedo faltar, siguiéndole.*

Al dia siguiente al en que hubo perdonado á aquellos religiosos, fué á verle el Prior para darle sus quejas; pero Francisco le previno, diciéndole, que era muy

dichoso en tener un medio infalible de alcanzar de Dios, el perdon de sus pecados mas enormes sin comparacion, que el atentado cometido contra él: *perdonad, le dijo, y se os perdonará: porque sereis medido con la misma medida, con que habreis medido á los otros.* Añadió, *que en cuanto á él los habia perdonado; que era preciso que él hiciese otro tanto, y que le aseguraba que en adelante no tendria otros religiosos mas sumisos, que aquellos mismos que le habian ofendido tan cruelmente.* El Prior, que era un hombre muy de bien, le aseguró, que él los perdonaba de todo su corazon; pero le suplicó que reflexionase en las consecuencias de semejante accion, si acaso quedaba impune: Francisco le respondió, que todo lo habia previsto, y que dentro de poco tiempo pondria tan buen orden en todo, que aquella accion no tendria consecuencias desagradables: dióle en seguida mil señales de estimacion y afecto, y le envió á cumplir de nuevo su encargo en el monasterio.

Algun tiempo despues, habiendo hecho Francisco verificar en el Senado la comision que habia obtenido del Papa, y hecho nombrar un Senador por comisionado, se trasladó juntamente con él á Talloires, y obligó á los que se negaban á la reforma á admitir pensiones, y á retirarse; así se restableció el orden en aquel monasterio, que por tanto tiempo habia escandalizado á todo el pais.

Apenas habia salido Francisco de este gran negocio, cuando recibió cartas de Juan Pedro Camus, nombrado para el obispado de Belley, por las que le suplicaba, que fuese á Belley para consagrarle. Su solo mérito le habia elevado al episcopado; tenia ciencia y piedad, grande talento para escribir bien, pero aun mayor para predicar; es decir, que tenia todas las cualidades capaces de formar aquella estrecha union que medió despues entre él, y el santo Obispo; adquirió con el trato

que tuvo con este gran Prelado aquellas luces, celo, desinterés y piedad eminente, que le hicieron despues uno de los mas grandes y mas santos Obispos de la Iglesia de Francia; no tiene reparo en reconocer que despues de Dios era deudor á Francisco de todo lo mejor que tenia; y no habla de él casi nunca, sin que le llame el santo Obispo, su padre, su maestro, su guia, y director. Mientras vivió, nada hizo digno de consideracion sin consultarle antes, y se empapó tan bien de sus máximas y espíritu, que despues de la muerte del santo, dió á luz aquella hermosa obra, que tiene por titulo: *Espíritu del bienaventurado Francisco de Sales*; reúne en ella hasta sus menores pensamientos, y hasta las acciones que parecian las mas comunes; porque segun él dice, nada decia aquel santo hombre, ni nada hacia que no fuese grande; y al mismo tiempo que la pureza de los motivos que le hacian obrar, daba precio aun á las cosas mas pequeñas.

Este mismo Obispo de Belley es, el que dió despues al Cardenal de Richelieu aquella hermosa respuesta que denota una piedad tan sincera, y tanta presencia de ánimo. El Cardenal apreciaba naturalmente á las personas de mérito; el talento, la piedad, y la ciencia hallaban siempre en él una útil consideracion; y sea que apreciase en los demas las cualidades que poseia él mismo, ó que tuviese consideracion sobre esto con su propia reputacion, ello es, que habia pocas gentes distinguidas en el concepto del público, que no tuviesen parte en sus beneficios. Aunque el Obispo de Belley no salia de su Diócesis, su reputacion era demasiado grande, para que no llegase hasta el Cardenal: escribióle éste, y le suplicó, que hiciese un viaje á la Corte para un negocio que tenia que comunicarle; trasladóse allá, y el Cardenal le dijo, que estando informado de la poca renta de su obispado, que apenas bastaba para su subsistencia, le habia hecho ir para darle una rica Abadía,